Vengar la inocencia y la belleza siempre es combatir para el cielo.

Canto Cuarto.

Mientras que todo conspira á apresurar los instrumentos de la destruccion de Solima, el eterno enemigo de los humanos lanza sobre el ejército cristiano sus miradas encendidas con el fuego sombrío de la envidia. Á la vista del celo que les anima, su rabia se inflama; él mismo se despedaza con sus propias mordeduras, y como el toro herido con golpe mortal, exhala su dolor con bramidos horrorosos.

Su afan es acumular sobre los cristianos los azotes mas crueles: manda que en su palacio se reuna su senado horrible. ¡Insensato! Cree que su furor puede evitar los decretos del Eterno; se atreve á igualarse á él, y olvida los rayos que arroja el brazo de un Dios vengador.

Con un sonido lúgubre y ronco convoca la infernal trompeta á los habitantes de las sombras eternas: el tártaro se conmueve en sus abismos profundos, y el aire tenebroso responde con pro-

longados silbidos. Tal, y con menos estruendo estalla el trueno en el Olimpo, y la tierra se agita y estremece menos cuando encierra en su seno inflamados vapores.

Al punto acuden las potestades del averno. ¡Cielos! ¡qué espectros tan estraños, horribles y espantosos! El terror y la muerte habitan en sus ojos: algunos con figura humana tienen los pies de bestias feroces: sus cabellos estan entrelazados con serpientes, y su inmensa cola se enrosca en mil vueltas monstruosas.

Allí se ven inmundas harpias, centauros, esfinges, gorgonas, escilas que ladran y devoran: hidras, pitones quimeras, que vomitan torrentes de llamas y de humo: polifemos, geriones, mil mónstruos nuevos, mil formas horrendas que jamas soñó la imaginacion, mezcladas y confundidas.

Todos se sientan, unos á la diestra, otros á la izquierda de su sombrío monarca. Sentado éste enmedio de ellos, empuña su cetro rudo y pesado: su frente altiva armada con cuernos amenazadores sobrepuja en altura á la roca mas empinada y al escollo mas soberbio. Calpe y el inmenso Atlante no serian á su lado mas que humildes colinas.

La horrible magestad impresa en su aspecto feroz, aumenta el terror y redobla su orgullo: sus miradas, tal como un funesto cometa, brillan con

el fuego de la ponzoña de que estan cargados sus ojos: su barba espesa y erizada cubre la mitad del rostro, y baja hasta el pecho velloso, y su boca llena de inmunda sangre, se abre como un vasto abismo.

Exala esta fiera boca con su fétido aliento torbellinos de negro humo y horrorosa llama, como el Etna de sus senos abrasados vomita torrente de betun y de azufre. Al sonido de su voz terrible, Cerbero calla amedrentado: la hidra enmudece, el cocito se suspende, el abismo tiembla, y sus cavernas tenebrosas repiten estos lúgubres acentos:

"Divinidades del infierno: vosotras que mereceis estar sentadas sobre el sol, en las regiones de donde traeis vuestro orígen: vosotras, que fuisteis precipitadas conmigo desde la morada de la dicha á estos negros calabozos, no os recordaré las sospechas celosas y los crueles desprecios del tirano, que nos oprime, ni nuestra gloriosa y demasiado funesta empresa: árbitro de todo, él reina sobre las estrellas, y nosotros somos juzgados almas rebeldes.

» En vez de aquella luz pura y serena, en vez de aquel sol, de aquellos globos luminosos, que habitábamos en otro tiempo, nos ha encerrado en este recinto oscuro, y no nos permite ya aspi-

rar á nuestros primeros honores, á nuestra felicidad primera; y para mayor suplicio... ¡ah cruel memoria! ¡memoria espantosa, que renueva todas mis penas! abrió aquella inmortal morada al hombre, al hombre, su criatura, tan vil como el barro de que le hizo.

»Ni sació con esto su venganza: para castigarnos mejor entrega á la muerte á su mismo hijo: viene este hijo: rompe las barreras del Tártaro, y osa penetrar en nuestro imperio, y arrebatar las almas que gemian bajo nuestro dominio: rico con nuestros despojos, vuelve al Cielo; y el infierno, vencido, sirve de adorno á su triunfo.

»Mas ¿para qué renovar nuestros dolores? ¿Quién ignora sus injusticias y las afrentas que nos ha hecho? ¿En qué lugar, en que tiempo ha suspendido el curso de sus ultrajes? No hablemos de antiguos resentimientos, pues nuevas ofensas vienen á escitar nuestro enojo. ¿No veis cómo pretende estender su culto á todas las naciones?

»¿Y nosotros, entorpecidos por la desgracia, pasaremos los dias, las horas en torpe indolencia? ¿No hemos de arder en justa saña? ¿Sufriremos que el pueblo sometido á sus leyes se engrandezca cada dia en el Asia, que subyugue á la Palestina, que el culto y la gloria de nuestro opresor

se estienda mas y mas, que su nombre resuene en nuevas lenguas, que sea cantado en nuevos himnos y grabado sobre nuevos mármoles?

¿Sufriremos que nuestros ídolos caigan destrozados, que nuestros altares lleguen á ser suyos, que á él solo se le dirijan votos, que á él solo se le queme incienso y se le ofrezca el oro y los perfumes? ¿Y nosotros, á cuyo dominio ningun templo solia cerrarse, nosotros ya no tendremos asilo sobre la tierra: y privado del tributo acostumbrado, errante en medio de mi imperio solitario, vuestro monarca reinará sobre desiertos?

»No: yo lo juro por el valor que me anima y que aun vive en nosotros. ¿No somos lo que éramos, cuando armados con el hierro y la llama disputábamos el imperio de los Cielos? Sucumbimos, lo confieso, en aquel combate, pero el valor no faltó á nuestro proyecto. Si la palma fue del mas dichoso, nos quedó á lo menos la gloria de una audacia no vencida.

»Pero ¿por qué os detengo aun? Id, ¡oh mis fieles compañeros, mi fuerza y mi apoyo! Id, volad, anonadad en su cuna á esa potencia enemiga: apagad esa llama naciente antes que abrase á la Palestina: mezclaos en medio de ellos, y para vencerlos emplead alternativamente la astucia y la fuerza.

»Cúmplase mi voluntad. Dispensad á los unos, y los otros caigan bajo vuestros golpes; otros, idólatras de una dulce mirada, esclavos de una sonrisa halagüeña, desfallezcan en los brazos del placer y de vergonzosos amores: rebeldes, divididos cristianos contra cristianos, ellos mismos se destrocen y se maten: todo el campo perezca esterminado; y sus últimos vestigios desaparezcan.

El Rey hablaba aun: y ya sus ministros infernales se habian lanzado con furia del seno de la noche eterna ácia la morada del dia, cual los vientos amotinados, y las estrepitosas tempestades, rompiendo sus prisiones, oscurecen el Cielo, y llevan sobre la tierra y sobre el mar el destrozo y el naufragio.

En seguida con las alas desplegadas se esparcen por las diferentes partes del mundo, y con nuevas astucias y nuevos artificios empiezan á señalar su funesta destreza. ¡Oh musa! dime ¡cuáles fueron los primeros azotes con que hirieron á los cristianos! ¡qué manos fueron instrumentos de su furor! Tú lo sabes: la fama lo ha publicado; mas apenas sus últimos acentos llegaron hasta nosotros.

Sobre el trono de Damasco estaba sentado el famoso Hidraoto, mágico célebre desde sus primeros años. Hidraoto se habia dedicado á la ciencia de los adivinos, y este gusto era su pasion. pero ¿de qué le sirve una ciencia engañosa, si no puede saber el resultado de una guerra incierta? Ni el aspecto de las estrellas fijas ó errantes, ni el infierno mismo pudieron descubrirle la verdad.

¡Oh delirio! ¡Oh profunda ignorancia de los mortales! ¡Cuán vanos, cuán temerarios son sus juicios. Hidraoto predijo que el Cielo preparaba en el Oriente la destruccion del formidable ejército de los cristianos: ya cree ver al Egipcio coronado del laurel de la victoria, y quiere que su pueblo participe de sus laureles y de sus conquistas.

Pero el valor ya conocido de los cristianos le hace temer una victoria sangrienta y funesta: piensa en el arte con que podrá debilitarlos y entregarlos medio vencidos á las fuerzas del egipcio y á las suyas, y mientras se ocupa en este examen, un ángel de tinieblas viene á vomitar en su seno nuevas astucias y nuevos engaños.

Él mismo le inspira, él mismo le dá los medios de consumar su proyecto: Hidraoto tiene una sobrina, á quien todo el Oriente ofrece la palma de la belleza, y que dotada de todo el atractivo, de todo el arte de su sexo conoce ademas todos los secretos de la mágia. Hidroato la llama, la confia sus proyectos, y quiere que ella misma los prepare y ejecute.

»Objeto de mi ternura, la dice: tu que bajo rubia cabellera y miradas seductoras encubres valor resuelto y la prudencia mas grande; tú, que me vences en el arte en que te dí las primeras lecciones; yo medito un proyecto importante: si tu me ayudas, el suceso no puede faltarnos: tu mano astuta y atrevida acabe una trama que ha urdido mi esperta senectud.

»Vé, no tardes, al campo de nuestros enemigos; emplea para seducirlos todo el arte de tu sexo, todos los secretos del amor: con los ojos llenos de lágrimas hazles humildes ruegos; mezcla, interrumpe tus palabras con lánguidos suspiros: una beldad que gime, que llora, seduce á los corazones mas obstinados: el velo del pudor cubra la audacia de tus deseos, y píntese en tu boca la mentira con los coloridos de la verdad.

»Seduce, si puedes, á Godofredo: sea el primero que prendado de tus gracias, encantado por tus discursos, olvide á tu lado la gloria de la conquista, y no respire mas que amor. Si él escapa á tus lazos, encadena á lo menos á los guerreros mas distinguidos y atráelos á parages de donde no vuelvan jamas." Entró en seguida en pormenores mas estendidos, y en fin, añade: "por tu religion, por tu patria empréndelo todo; que todo es lícito cuando por tan noble causa se combate."

Armida, envanecida con su belleza, con los atractivos de su sexo y de su edad, se decide á la empresa, y en el instante que la noche esparce sus primeras sombras, parte y caminando por sendas secretas y desconocidas, sin mas armas que su hermosura, se cree segura de la victoria, y ve ya postrados á sus pies á los héroes invencibles. La sagaz política dá á su partida motivos supuestos, y entretiene al pueblo con vanos rumores.

Llega Armida al parage en que se levantan las tiendas de los cristianos y al primer aspecto de esta beldad nace un murmullo confuso, y todas las miradas se fijan sobre ella. No de otro modo que un astro desconocido atrae las miradas de los mortales, atónitos con su esplendor, así se agrupanal rededor de ella, se preguntan quién es aquella beldad estrangera, y todos desean saber qué motivos la conducen al campo.

Ni Argos, ni Chipre, ni Delos vieron jamas un rostro tan perfecto, facciones mas encantadoras. El oro de su hermoso cabello ya brilla á traves del velo que le cubre, ya se desliza por un lado, y esparce mas vivo esplendor, como el Sol en el Cielo puro y sereno, envia pálidos rayos por entre la nube que le circunda; mas, libre luego de su prision, lanza todos sus fuegos, y aumenta la claridad.

Juega el céfiro con su rica cabellera, formando con ella graciosas ondas sobre la nevada espalda: sus ojos, avaros de los tesoros del amor y de los suyos, los ocultan bajo una humilde mirada: sobre su tez el encarnado de la rosa se mezcla y se confunde con la azucena; y en su linda boca, que respira amores, solo brilla la púrpura de la rosa.

Muestra medio desnudo su albo seno, donde nace y se alimenta el fuego amoroso, donde oscilan dos globos formados por la mano de las gracias, en parte descubiertos á la ansiosa vista, y en otra velados por la celosa túnica, impotente barrera que resiste á las miradas, y no puede detener al pensamiento. Menos encantada de lo que ve, que ambiciosa de lo que se oculta, penetra la imaginacion hasta los encantos mas secretos.

Tal como rayo de luz que pasa al traves del cristal sin dividirlo, la imaginacion atraviesa el ceñido manto: vaga en medio de las maravillas mas escondidas, las contempla á su placer, las pinta en seguida al deseo, y acrecienta el fuego que le inflama.

Armida se adelanta por medio de la absorta multitud que la alaba y la devora con la vista: conoce la impresion que hace su hermosura, y finge no conocerla; pero rie en su corazon, y

ya cuenta sus triunfos y sus victorias: se detiene un momento, y pide ver á Buillon. Eustaquio acude, Eustaquio, el mas jóven de los hermanos de Godofredo.

Al esplendor de aquella beldad divina, el guerrero imprudente se precipita semejante al insecto alado que va á buscar la luz y la muerte, quiere contemplar mas de cerca aquellos ojos, que un dulce pudor inclina al suelo: los vé; lánzase de ellos repentinamente un fuego que le abrasa, y lleno de la audacia que su edad y el amor le inspiran:

"Señora, la dice: si puedo daros este nombre, pues nada teneis de mortal. No, jamas derramó el Cielo sobre una debil criatura tanta gracia, y tanto brillo: ¿qué buscais? ¿de dónde venís? ¿qué dicha ó qué infortunio os conduce á estos lugares? ¿decidme quien sois? Haced que yo pueda tributaros el homenage, ó mas bien el culto que os es debido.

» Demasiado alabais, Señor, á una triste y desgraciada beldad: ya no es una mortal la que veis, sino una infeliz muerta á los placeres, y que si vive es solo para la desdicha. Estrangera, fugitiva, sin otros bienes que mi virtud, vengo á este campo á buscar un asilo; vengo á poner á los pies de Godofredo mis desgracias: á él recurro; en él confio: tanta es la fama de su bondad."

«Oh vos, si en efecto sois generoso y sensible, dígnaos conducirme á la presencia del héroe."— «Justo es, respondió Eustaquio, que el hermano de Godofredo sea para con él vuestro introductor y vuestro apoyo. No, beldad encantadora, vuestros votos no serán vanos: yo os respondo de un hermano que me ama y me distingue: disponed de su poder y de mi brazo.»

Dice, y guia sus pasos al asilo secreto en donde el piadoso Bouillon, solo con sus capitanes, se sustrae á la vista de la importuna multitud. Armida se inclina con respeto; y bañada la frente de modesto rubor, guarda silencio. El héroe calma sus temores, tranquiliza su espíritu, y la consuela: en fin, con un tono de voz que encanta los sentidos dirige á Godofredo este pérfido discurso.

«¡Príncipe invencible, cuyo nombre vuela con tanta gloria por todo el universo; vencedor de tantos reyes y de tantas naciones, que se honran con tus hierros y su derrota! en todas partes se conoce tu virtud: tus enemigos mismos la estiman y la ensalzan: ella les inspira confianza, y les convida á implorar tus bondades y tu apoyo."

"Aunque nacida en el seno de una religion que tú has abatido y quieres destruir, me atrevo á pedirte el trono y el cetro de mis abuelos; y yo espero obtenerlos de tu valor y generosidad. Otros

implorarian el brazo de sus amigos contra el furor de un estrangero; mas yo invoco el hierro enemigo contra mi propia sangre, contra una sangre que ha jurado mi ruina."

"Sí, á tí es á quien yo acudo; en tí solo fundo mi esperanza; solo tú puedes restituirme á la grandeza de que he sido precipitada. Ese brazo, terror de tus enemigos, debe ser el apoyo de los desgraciados. No se alabará menos tu beneficencia que tus triunfos; y entre tantos tronos derribados por tu mano, se contará para tu gloria el mio restablecido."

"Quiza mi creencia, diversa de la tuya, será un motivo á tus ojos para despreciar mis ruegos y mis lágrimas; pero sino creo en tu ley, creo en tus virtudes, y no espero ver desmentida mi confianza: causa mas justa no habrá obtenido el socorro de tu brazo. El Dios supremo, el Dios que yo adoro como tú, sea testigo de mi verdad: pero para convencerte mejor, oye la historia de mis desgracias, y de los crímenes que las han producido."

"Yo soy hija de Arbilan, que reinó sobre Damasco. Nacido lejos del trono, la bella Cariclea le hizo sentar en él dándole la mano: mis ojos no han visto jamas á esta virtuosa madre: los suyos se cerraron cuando los mios se abrieron á la luz; y el

mismo dia que presenció su muerte fue testigo tambien de mi nacimiento."

»Apenas habia pasado un lustro despues que mi madre bajó al sepulcro, cuando mi padre sucumbió á la misma suerte, y dejó mi infancia y las riendas del estado entre las manos de un hermano que amaba tiernamente. Su afecto y sus beneficios debian asegurarle de su fé, si la virtud y el reconocimiento habitasen en el corazon de un mortal."

"Encargado de mi tutela, aparentó al principio ocuparse solo en mi dicha: todo el Oriente alababa su fidelidad incorruptible, su ternura y su amor verdaderamente paternal, pero tal vez, bajo una máscara engañadora, ocultaba ya el cruel sus engañosos designios: quizá tambien por haber destinado para su hijo mi trono y mi mano, aun no habia dado su corazon entrada al crímen."

"Yo crecia al par de su hijo jóven, indócil, cuya alma baja y grosera, que no ha podido pulir la educacion, ocultaba bajo su deforme aspecto un corazon vil: á la bajeza de la avaricia añade toda la altivez del orgullo, é inculto en sus modales, corrompido en sus costumbres, es un conjunto monstruoso de vicios, que no se hallan compensados por virtud alguna.

"Este era el esposo que me reservaba mi fiel tutor: mas de una vez me anunció que era preciso partir con él mi lecho y mi trono. Discursos seductores, astucias, artificios, todo lo empleó para que yo consintiese; pero jamas pudo arrancarme la fatal promesa, y jamas obtuvo de mí sino el desden ó el silencio."

"En fin, un dia se separa de mi lado con aire sombrío y tenebroso, espejo siempre fiel de su corazon agitado, y desde entonces creí leer sobre su frente la historia de mis desgracias. Durante las tinieblas de la noche, mil espectros horrorosos agitaban mi imaginacion; mil ensueños espantosos me despertaban con sobresalto; y una fatal congoja imprimia en mi alma el presagio de mis infortunios."

"La sombra de mi madre se ofrecia de continuo á mi vista pálida, abatida, cubierta con una nube de dolor. ¡Cuán demudada estaba! ¡Cuán diferente de como la habia visto en sus retratos! ¡Huye, hija mia, huye, me decia, de la muerte espantosa que te amenaza: parte; ya veo el veneno, ya descubro el hierro homicida en la mano de un pérfido pronto á degollarte!

"¡De qué servian estos presagios del próximo peligro, si tímida, angustiada, á nada se resolvia mi inesperta juventud! Salir sola de mis estados, ir á implorar la compasion á una tierra estrangera, era para mí una suerte mas espantosa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que la muerte misma: sí; yo preferia perder vida en el palacio que me habia visto nacer."

"¡Desgraciada! ¡yo temía la muerte, y no me atrevia á huir de ella! yo temia descubrir mis temores y acelerar la hora de mi infortunio: así, siempre inquieta y agitada, arrastraba en un largo suplicio el resto de mi deplorable existencia, semejante á un desgraciado que cree ver á cada instante desprenderse el cuchillo fatal pendiente sobre su cabeza."

"Un dia, en fin, no sé si deba dar gracias al destino ó si la suerte me reservaba para mayores reveses; un dia se presenta á mi vista uno de los ministros, de cuya educacion en su infancia se habia encargado mi padre, y me anuncia que el tirano ha jurado mi perdicion, y que el término se acerca, pues que él mismo ha prometido al bárbaro presentarme en aquel dia la copa envenenada."

"Me añade que solo la fuga puede sustraer mi cabeza al golpe que la amenaza: él mismo me ofrece sus socorros, me tranquiliza y me conforta: yo me abandono á sus consejos, y me determino á huir en medio de las tinieblas lejos del tirano y de mi patria.

"La noche mas oscura favorece nuestra empresa con su sombra, y yo parto con dos de mis criadas, que habia escogido por compañeras de

mi infortunio; pero mis ojos, llenos de lágrimas, se dirigen á los lugares en que empecé á respirar la vida, se fijan en ellos, y no pueden saciarse de aquella vista lisonjera."

"Mi vista y mi pensamiento me atraían ácia ellos sin cesar; y mis pasos, á pesar mio, me alejaban, cual marinero á quien la tempestad imprevista arrebata de la orilla amada, luchando contra las olas que le arrastran, busca con la vista la tierra que á su pesar huye y se aleja. Toda la noche y todo el dia siguiente caminamos por lugares donde ningun mortal habia estampado su huella; y en fin, llegamos á una fortaleza situada en el confin de mis estados."

"Esta era el castillo de Aronte; del fiel Aronte, que me habia salvado, y que huyó conmigo. Entretanto, el tirano que vé escapar su víctima al golpe mortal, poseido de rabioso furor, nos atribuye su propia maldad, y nos acusa á Aronte y á mí del crímen que él solo habia concebido."

"Publica que Aronte, seducido por mis regalos, le preparaba un veneno: que yo anhelaba su muerte para librarme de un censor importuno que celaba mi conducta y contenia mis inclinaciones culpables; y que dominada por una pasion vil, iba á entregar á mil amantes mi juventud y mis encantos. ¡Honor sagrado que yo adoro, con-

fúndame un rayo del cielo antes que yo sea infiel á tus leyes!"

"Que codicioso de mis tesoros, que sediento de mi sangre haya jurado el bárbaro mi ruina, me aflige, sí; pero querer mancillar mi virtud con torpes calumnias, ¡ah! esta es para mí la mas cruel de todas mis heridas: el impio, temiendo el resentimiento de mis vasallos, los engaña con artificiosas mentiras, á fin de que su brazo, pronto á proteger la inocencia, se detenga temeroso de favorecer el crímen.

"Ocupa mi trono, se ciñe mi diadema, y el impío aun no pone término al infortunio, al oprobio con que intenta confundirme: amenaza furioso quemar á Aronte en su fortaleza si voluntariamente no vá á entregarse entre sus manos: y á mí, desgraciada, y á las compañeras de mi suerte no es ya la guerra ó la prision lo que nos anuncia, sino el cadalso y la muerte."

"Quiere, dice, lavar en mi sangre la mancha que he impreso en su frente y volver á la dignidad real, y á mi familia el honor y el brillo de que les he despojado; pero es porque teme verse privado del cetro que me pertenece, y solo sobre mi ruina piensa poder afirmar su trono.

"¡Ah! no dudo que el impío logre al fin el objeto de sus bárbaros designios: sí, príncipe, si tu

brazo no me protege, mi sangre aplacará su cólera, que no han podido aplacar mis lágrimas. Desgraciada, inocente, sin socorro, sin apoyo, yo me arrojo á tus pies, yo abrazo tus rodillas y te pido mi honor y mi vida."

"Yo te lo pido por ese brazo que anonadó al orgullo y á la impiedad; por ese brazo vengador de la justicia; por tus victorias; por esos templos que has restablecido y por los que vas á socorrer: dígnate escuchar mis ruegos, consérveme tu piedad la corona y la vida: ¡Tu piedad! no, Príncipe, yo no imploro mas que tu razon y tu justicia."

"El cielo te ha concedido el querer ser justo, y el destino el poder lo que quieres; y sirviéndome adquirirás estados que no se someterán á mis leyes sino para obedecer las tuyas. De tantos héroes permíteme que diez solo me acompañen: ellos solos bastarán á restablecerme sobre un trono á que me llaman los derechos de mi sangre, el afecto de los grandes y la fidelidad de mis pueblos."

"Uno de los habitantes mas distinguidos de Damasco, encargado de guardar una puerta secreta, me promete entregármela, é introducirme por la noche en el palacio mismo. Él me asegura la victoria si obtengo algun socorro de tí; y por debil que sea, contará mas con él que con un ejército

que viniese de otra parte: ¡tanto estima el nombre y el valor de los cristianos!"

A estas palabras calla Armida y espera la respuesta de Godofredo: pero su actitud, su silencio mismo hablan aún, y ruegan, y enternecen. Vacila Godofredo y no sabe qué partido abrazar: teme los artificios de los sarracenos y sabe que no es facil hallar fé en quien se la niega á Dios; mas por otra parte siente en su alma generosa los estímulos de la compasion.

Otros motivos le interesan tambien en las desgracias de una reina que le suplica: conoce cuánto importa á sus proyectos el colocar sobre el trono de Damasco á un príncipe que agradecido á sus beneficios abra camino á sus armas, apoye sus designios y le dé contra el Egipcio y sus aliados tropas, armas y tesoros.

Mientras que reflexiona indeciso, y con los ojos bajos pesa los motivos que deben determinarle, Armida, fijando la vista en él, espera con incertidumbre el decreto que vá á pronunciar: le observa, le estudia: la respuesta tarda ya demasiado á la impaciencia de sus deseos: teme, suspira: en fin el héroe niega á Armida la gracia que le pide; pero con espresiones corteses suaviza su repulsa.

"Señora: si la grande empresa á que el Cielo

nos ha destinado no reclamase aquí nuestro brazo y nuestra espada, podiais fundar sobre nosotros la mas sólida esperanza: no os ofreceríamos una compasion estéril, sino socorros prontos y eficaces; pero nuestro principal deber es libertar al pueblo de Dios y volver á esos muros su libertad primera: seria un crímen para nosotros el debilitar nuestro ejército y detener el curso de nuestras victorias.

«Yo os prometo por mi fé, que jamás la empeñé en vano, yo os prometo que si algun dia arrancamos al yugo del infiel esas sagradas murallas, seguiremos el impulso de nuestra compasion, y os volveremos el trono que habeis perdido: si hoy cediese á vuestras lágrimas, sería yo un impio, y mi sensibilidad me haria cometer un perjurio".

A estas palabras se inclina Armida, y con los ojos fijos en el suelo queda inmóvil un momento. Luego levanta ácia el cielo sus miradas lastimeras, y toda bañada en lágrimas en la actitud mas dolorosa: "¡Desgraciada! esclama, ¡qué destino fue jamás tan constantemente deplorable como el mio! ¡Para que mi suerte espantosa no se mude, es fuerza que la naturaleza se trastorne!"

"Ya no hay esperanza para mí: en vano suspiro, en vano lloro: las súplicas no pueden ya nada sobre el corazon de los mortales. ¿Deberé esperar que el dolor que no ha podido ablandarte, ablande

al bárbaro que me oprime? No te acusaré de inclemencia, acusaré al cielo, autor de mis desgracias, que endurece tu pecho y te hace sordo á mis clamores."

"No, Príncipe; no eres tú, es mi destino el que me niega los socorros que te pido. ¡Destino cruel, implacable, arráncame los restos de esta vida que aborrezco! Era poco el haberme privado de mis padres en la primavera de sus dias, faltaba aun que me precipitases de mi trono y clavases el puñal en el seno de tu víctima."

«Partamos; dejemos este recinto donde el honor ya no nos permite detenernos. ¡Ay! ¿á dónde huir? ¿dónde ocultar mi desgracia? ¿qué asilo me queda contra el tirano que me persigue? No hay en el universo retiro inaccesible á su furor. Pero ¿por qué vacilo? Ya veo la muerte, y pues no me es dado evitarla, mi mano prevendrá su golpe."

Armida calló: un noble y generoso despecho se dejó ver en sus miradas, y con aspecto triste, indignado, se vuelve y finge retirarse: sus lágrimas, lágrimas de dolor y de cólera, corren en abundancia y parecen á los rayos del sol perlas que caen de sus ojos.

Sus mejillas, bañadas en llanto, semejan al lirio cuando á los primeros rayos del dia abre el céfiro su brillante cáliz que humedece el apacible rocío

de la aurora, y con amoroso soplo le mece y le halaga.

Pero aquellas lágrimas hacen nacer un fuego secreto que se insinúa en los corazones, se ceba en ellos y los abrasa. ¡Amor! todo cede á tu poder, todo sirve de alimento á tu llama; pero en favor de Armida redoblas aún mas tus prodigios.

Sus fingidos dolores arrancan verdadero llanto y despedazan los corazones mas insensibles: todos se afligen con ella; todos se dicen al mirarla: si no encuentra gracia á los ojos de Godofredo es preciso que al nacer le haya alimentado una fiera, que los Alpes le hayan dado el ser en el seno de la roca mas espantosa, ó que el mar irritado le haya lanzado sobre la playa. ¡Cruel! ¿cómo puedes afligir tan peregrina hermosura?

Mientras que murmura cada uno sin atreverse á hablar, el jóven Eustaquio, ardiendo en amor y compasion, se adelanta y dirige á Godofredo este atrevido discurso: "Hermano, serías demasiado cruel é insensible si no cedieses por fin á nuestros votos, á nuestros deseos y á nuestros ruegos."

"Sin duda no es lícito que los gefes abandonen el sitio, sus tropas y sus destinos; pero nosotros, guerreros aislados, que no recibimos la ley mas que de nuestro propio valor, y que no mandamos á nadie, podemos dar á tu eleccion diez defensores á tan justa causa."

"Vengar á la inocencia y á la hermosura es siempre combatir por el cielo, y los despojos de un injusto usurpador son el mas noble trofeo que se puede consagrar al Ser Supremo. Cuando un interés cierto no me impeliese á esta noble empresa, el deber me decidiria á ella: he jurado proteger á un sexo debil y sin defensa, y sabré sostener mi juramento.

"¡Cielos! no se diga jamás que en Francia, y donde quiera que reine la cortesía, no se diga que por una causa tan legítima y piadosa hemos temido arrostrar peligros y fatigas.... ¡Ah! Yo prefiero deponer mi casco y mi coraza: sí, antes desceñiré mi espada que usurpar indignamente el nombre de caballero."

Dijo; y todos sus compañeros con voz unánime aplaudieron su discurso: todos aprueban su consejo y elogian su utilidad: rodean á Godofredo, le instan, le conjuran: "Yo cedo, dice el héroe: yo me rindo á tantos votos reunidos. Vos lo quereis, la princesa obtendrá de vosotros solos un socorro que la razon no me permite concederla; pero si creeis á Godofredo, moderad el celo que os enagena."

Dijo: y cada cual aspira al lauro de la eleccion. ¡Qué no pueden las lágrimas de la hermosura! ¡Qué no pueden los acentos que una boca amorosa

pronuncia! De los lábios de Armida pende una cadena invisible que ata todas las voluntades á la suya.

Eustaquio la llama: "Cese, la dice, ¡ó beldad divina! el curso de vuestros dolores: pronto tendreis los socorros que piden vuestras lágrimas." A estas palabras su frente se serena; la sonrisa del gozo aparece entre sus labios: enjuga con el velo sus humedecidos ojos, y sus miradas ya mas serenas embellecen á la natturaleza.

Entonces con la mas dulce y encantadora voz muestra su agradecimiento diciéndoles: "Vuestros beneficios vivirán siempre en mi corazon, y los siglos conservarán su memoria...." La muda elocuencia de su semblante espresa lo que no puede articular su lengua: pero bajo una máscara impostora oculta tambien sus designios, que no puede descubrirlos la vista mas penetrante.

Orgullosa con este primer suceso, se entrega á la fortuna que protege sus artificios, y se apresura á terminar su obra perversa: con sus miradas y con sus atractivos pretende eclipsar las glorias de Circe y Medéa, y con voz de sirena se propone adormecer la prudencia de los mas sabios guerreros.

Para envolver en sus lazos nuevos amantes emplea todos sus secretos y todos sus encantos. Su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

rostro versatil obedece sus preceptos y retrata todas las pasiones con igual facilidad. Ora modesta, ora voluptuosa, y alternativamente armada con el freno y el aguijon, insta al amante tímido, ó detiene al indiscreto.

Cuando un guerrero reprime sus deseos y procura sofocar su llama, le alienta con una dulce sonrisa, y con una mirada halagüeña reanima su amor y hace renacer en su corazon la plácida esperanza.

Reservada en sus discursos, recelosa de una mirada, detiene al atrevido en el momento que vá á escederse, y le imprime el temor y el respeto; pero al través del desden con que arma su frente, deja percibir un rayo de compasion: el amor se inquieta, mas no desespera, y crece con el rigor mismo de la amenaza.

Algunas veces se mantiene retirada: presta á su rostro y á sus actitudes las apariencias del dolor: parece que las lágrimas van á brotar de sus ojos: sus amantes lloran á su lado, y el amor disfrazado en compasion profundiza mas y mas sus crueles heridas.

Rásgase otras veces el velo del dolor: la esperanza brilla sobre su frente, se dirige á sus amantes y les habla; su aspecto se anima con el fuego de la alegría, sus ojos son dulces centellas, y una

risa celeste disipa la nube espesa con que su dolor habia cubierto el corazon de aquellos guerreros.

Su dulce voz, su encantadora sonrisa embriagan sus sentidos: sus almas sucumben á tanto placer, y parecen prontas á abandoparlos. Amor, cruel amor, amargos ó dulces, tus dones son igualmente funestos, y los mortales perecen siempre ó por tus males ó por tus remedios.

Así alternativamente enardecidos, helados, pasando á cada instante del placer al dolor, del temor á la esperanza, sirven aquellos desgraciados de juguete á la beldad que los engaña. Si con una voz debil y temerosa se atreven á contarle sus penas, sencilla y cual novicia en el amor finge que no los entiende.

O bien bajando los ojos hermosea sus mejillas con la púrpura del rubor, y la azucena desaparece bajo las rosas que la cubren. Tal se muestra la aurora cuando embellece al cielo con sus primeros albores: mas otras veces viste su rostro con matices mas fuertes que manifiestan el desden mezclado con el pudor.

Si sorprende los primeros indicios de un fuego pronto á estallar, huye y se esconde, ó vuelve luego y aparece, y alternativamente le ofrece y le niega la ocasion de descubrir su llama. Así todo el dia le fatiga, le engaña con nuevos errores, le

quita en fin hasta la esperanza, y el infeliz suspira, semejante al cazador que sorprendido por la noche pierde el rastro de la fiera que persigue.

Tales fueron los lazos secretos con que Armida se valió para encadenar mil y mil héroes, ó mas bien tales fueron las armas que su astucia empleó para domarlos y sujetarlos al amor. ¡Amor! ¡Será estraño que el altivo Aquiles, Hércules y Teseo cediesen á tu poder, cuando los cristianos, armados para vengar la causa de su Dios, se ven envueltos en tus lazos!